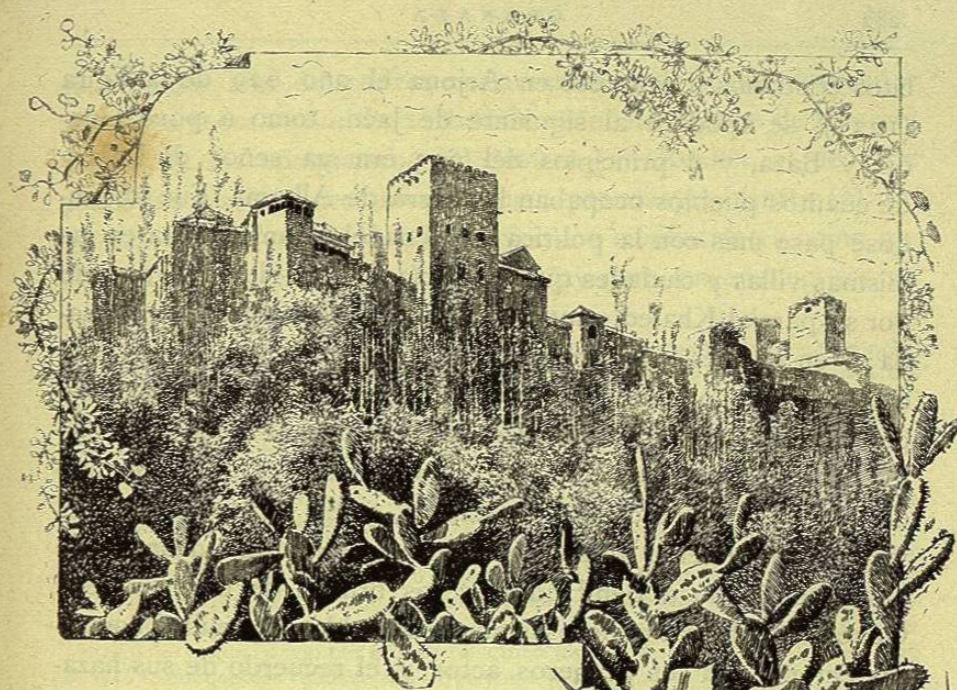


glorias de San Fernando, fué luégo para el arzobispo D. Rodrigo cuando no un baluarte, un campo de batalla, fué más tarde una conquista y un medio de paz para uno de los reyes de Granada, fué por largo tiempo población de importancia y cabeza de un pequeño feudo; y nada, casi nada guarda de ese pasado, tan tempestuoso como lleno de gloria y de grandeza. Levántase sobre ella un torreón negro y sombrío; y he aquí el único resto de su alcázar, la única losa que encierra su pasado, la única piedra céltica, puesta sobre la tumba de este pueblo, para que sea respetado su cadáver por el torrente de las generaciones venideras.

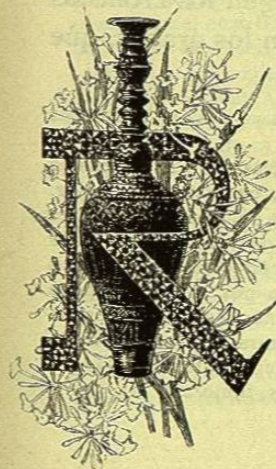
Mas no hemos explicado aún todas las vicisitudes de esta villa. Dejamos la historia del reino de Granada en el momento de bajar al sepulcro San Fernando; y hechos grandes hemos de referir aún de Quesada en el largo y borrascoso período histórico que vamos á bosquejar en los capítulos siguientes. Los principales pueblos conquistados por el Rey Santo están ya recorridos y descritos: quedan otros muchos por vencer, queda por sujetar todo un reino; y antes de entrar en él con el báculo del viajero y el pincel del artista, fuerza es que, según nuestro método, le veamos creciendo y prosperando á la sombra de los reyes musulmanes, y doblando al fin humildemente la cabeza bajo los pendones de las armas de Castilla.



CAPÍTULO XIII

Fundación del reino de Granada.—Mohamed-el-Ahmar

DE 1238 Á 1273



EINABA aún en Castilla San Fernando, cuando, del seno de las turbulencias que agitaron á los árabes después de la ruina del imperio almohade, surgió un joven, que logró detener con la prudencia y con las armas la marcha vencedora de los ejér-

bitos cristianos. Levantóse en Arjona el año 629 de la Egira (1231), se apoderó al siguiente de Jaén, tomó á poco Guadix y Baza, y á principios del 633 era ya señor de Loja y de cuantos pueblos ocupaban la sierra de Alhama. Fué abriéndose paso más con la política que con el alfanje hasta en las mismas villas y ciudades que obedecían á Ben-Hud. Favorecido por su pariente Khaled, cautivó el ánimo de los moros de Granada; y en el mes de Ramadhán del 635 entró y fundó en esta ciudad un trono que duró por espacio de tres siglos. Apoderado de la antigua capital de los Zeiritas, no tardó en adquirir todo lo que más tarde constituyó su reino: recibió en el mismo año el homenaje de la ciudad de Málaga, y en 638 el de todo el waliato de Almería, que le entregó Abdelrhmán después de haber asesinado á Ben-Hud tras los brindis de un banquete. Ganó con palabras generosas muchos pueblos, conquistó comarcas enteras con sus primeros actos y el recuerdo de sus hazañas; y apenas habían pasado diez años después de su levantamiento en Arjona, cuando dictaba la ley á todo el territorio comprendido entre Sierra-Morena, los montes de Córdoba, los de Murcia y el mar que va desde Orce hasta el Estrecho (1).

Llamábase este joven Mohamed-Ben-Yusuf-Ben-Mohamed-Ben-Ahmed-Ben-Kamiis-Ben-Nasr-Ben-Kays-Al-Khazreji-Al-Ansari, por sobrenombre el Ahmar, el Rojo, y también Al-Ghaleb-Bilá, vencedor por la gracia de Dios. Era, según los cronistas cristianos, de origen oscuro (2); pero no según los árabes, que

(1) Tocamos tan de paso estos hechos porque los hemos ya dejado casi todos consignados en el capítulo X de este mismo tomo.

(2) Fúndanse los cronistas cristianos para asegurar este aserto en un pasaje del arzobispo D. Rodrigo que copiamos en el capítulo citado en la nota anterior. El-Ahmar, según este autor, seguía las huellas de la yunta y del arado poco antes de su aparición en el mundo político; mas ¿cabe deducir de aquí que El-Ahmar fuese á la sazón un simple aldeano, falto de educación y de conocimientos, que en un momento de entusiasmo pudiese llegar á trocar la esteva por la lanza, y poco después el campo por un trono? El-Ahmar, dice el-Khattib, nació en Arjona en territorio de Córdoba, donde heredó de su padre extensos dominios que cultivó con sus propias manos. ¿No parece esto una explicación mucho más natural de las palabras del arzobispo? (Véase *History of Mahomedan Dynasties*, tomo 2.º)

lo suponen hijo de padres esclarecidos, y le hacen descender por línea recta de Sád-Ben-Obadah, señor de la tribu de Khazrej y uno de los compañeros del Profeta (1). Reunía, al decir de todos los historiadores musulmanes, prendas eminentes (2): en guerra era tan esforzado y fiero con los combatientes como generoso con los vencidos; en paz, un rey para sus enemigos y un

(1) Los historiadores árabes, no contentos con darle una brillante genealogía, han llegado á creerlo predestinado por el mismo Alá para ser el amparo y la defensa de los Muzlimes. He oído referir á el Khattib, Mohamed-Ibn-Mohamed-Ibn-Abdillah-Allushi-Al-yahssobi, á quien encontré una vez en Jaén (leemos en uno de los autores que ha traducido el Sr. Gayangos), que su abuelo poseía una yegua excelente que montaba cuando tenía que rechazar al enemigo ó invadir la frontera del reino de Castilla. Llegó á ser tan conocida la yegua entre los cristianos de las comarcas vecinas, que el rey castellano, oyendo ponderar sus buenas dotes y su aptitud para la guerra de algarada, envió mensajeros á Al-lushi para que éste se la mandase y fijase á su antojo el precio. Estaba Al-lushi tan prendado de esa preciosa cabalgadura, que, no queriendo deshacerse de ella, se la negó al monarca; y dicen que por la noche soñó y oyó una voz que le decía: vé á Arjona y lleva contigo la yegua: pregunta por uno á quien llaman Mohamed-Ben-Yusuf, y en cuanto le encuentres véndesela, porque con ella ha de conquistar Jaén y otras ciudades, y ha de ser esta conquista muy beneficiosa para las generaciones venideras. No obedeció de pronto Al-lushi á tan singular mandato: pero por tres veces oyó en sueños la misma voz, y empezó á pensar seriamente en lo que con tanto afán se le encargaba. Preguntó á un amigo suyo, llamado Ben-Ya'ysh, muy conocedor de toda la comarca, quién podía ser el que le había sido indicado en sueños; y como se le manifestó que no podía ser otro que el Ahmar, partió para Arjona, donde fijó su residencia. Apenas fué sabida en esta ciudad su llegada y el objeto de su viaje, pasaron á su casa el Ahmar y algunos de sus parientes y empezaron á negociar la yegua; mas era tal el precio que Al-lushi exigía, que el Ahmar se vió obligado á declarar la imposibilidad de aprontar una suma tan exorbitante. Propuso al fin el Ahmar pagarla parte al contado y parte á plazos, y viendo que consentía en ello Al-lushi, se la llevó á su casa. Habló á poco Al-lushi á el Ahmar en la mezquita del castillo, y le reveló su sueño; y satisfecha por éste la suma convenida, se volvió á Jaén.

Había pasado apenas un año después de este suceso, añade la crónica, cuando el Ahmar tomó en Arjona el título de rey y se apoderó de la ciudad que había mentado á Al-lushi la voz de su profético sueño. — GAYANGOS, *History of the Mahomedan Dynasties*, tomo 2.º

(2) Copiamos á continuación la pintura que hace de este príncipe el historiador el Khattib, uno de los traducidos por Cassiri: Ad illius mores quod attinet vir erat domi militiæque plane admirabilis: miles enim egregius plenusque animi et roboris semper est habitus, otii inimicus et sui commodi non studiosus; cultu perparcus et frugalissimus princeps; in acie expertus simulque temporum callidus, aspectu etiam et auctoritate verendus, expeditissimus dux atque magnus discriminum contemptor. Uxores non nisi genere pares sibi adjunxit, domesticorum commodis consulebat atque regia vectigalia pari cum moderatione exigebat. Præliis ipsemet interfuit quæ historici fuisse lateque prosequuntur. Veste vulgaris indutus in ocreis incedebat, suarum rerum ita satagebat ut labori nulli parceret.

padre para su pueblo. Verdadero creyente del Profeta, no olvidaba sus deberes religiosos ni aun en la embriaguez de la victoria; verdadero genio político de su época, sabía sacrificar su orgullo en aras de la conveniencia pública hasta el extremo de ir á pelear personalmente en favor de un rey cristiano. Conocía los tiempos en que debía guardar y desnudar la espada, el modo de excitar y acallar las pasiones, los medios más eficaces para templar y halagar el carácter de sus súbditos, la difícil manera de presentar humilde al monarca y magnífica y llena de mágico esplendor la monarquía. Más noble aún de corazón que de linaje, no reconocía necesidad á que no atendiese, ni sufrimientos que no aliviase: levantó á poco de haber entrado en Granada almarrestanes para los enfermos y casas de socorro para los pobres y los ancianos desvalidos; procuró mejorar constantemente el bienestar de sus vasallos; y ni aun cuando vió inundado el reino por avenidas de árabes proscritos que huían de las ciudades conquistadas por los cristianos, pudo dejar abandonado á ningún creyente al rigor de su destino. Si manifestó esplendidez, fué para el mayor prestigio de su trono, no para sí, que se presentó siempre parco no sólo en el traje y en la mesa, sino también en su harem, donde más solían ostentar su lujo todos los reyes musulmanes. Sentía gravar con tributos á sus pueblos; y no creyendo digno de un monarca exigirlos para sus placeres, no los aumentó sino para embellecer con fuentes, baños, colegios y un palacio grandioso esa hermosa ciudad que eligió por silla de su imperio é hizo en breve rival de Bagdad y de Damasco. Quería ser más el servidor que el tirano del pueblo. Le daba audiencia dos días por semana en uno de los salones de su alcázar; llamaba á sí jeques y cadíes para la resolución de los negocios del Estado, y visitaba á los pobres de los almarrestanes hasta en su lecho de muerte.

Con tan brillantes dotes, realzadas á los ojos de la muchedumbre por la gravedad de su rostro, la gallardía de su figura, lo cortés de su trato y los rasgos caballerescos de su carácter,

no sólo logró el Ahmar librar á sus nuevos estados de la ruina que les amenazaba, sino que también darles unidad, robustecerlos y elevarlos á la cumbre de la mayor grandeza. Empezó acreditando su valor en frente de los muros de Martos y en dos batallas sangrientas, en que rompió y desbarató dos ejércitos cristianos; y ya que se consideró bastante temible, pasó á la frontera, la aseguró, reparó las fortalezas que la defendían, volvió á Granada, y se entregó desahogadamente á la organización interior de su casa y de su reino. Levantó y fortificó el alcázar de la Alhambra, fijó en ella su residencia, nombró jueces (1) y katebes (2), reunió en torno suyo un senado de nobles y de ancianos, confirió el mando de los waliatos y cadiatos á los que más se habían distinguido por su lealtad y por sus proezas, fundó casas de asilo para la pobreza, dispuesta siempre á la rebelión cuando no ve término á sus privaciones y sufrimientos, surtió de agua y de víveres las ciudades, labró en el campo acequias, fundó numerosas escuelas, abrió las puertas de su palacio á la ciencia y á la poesía, protegió con mano generosa la industria y la agricultura, no perdonó, al fin, medio para mejorar el estado de su reino. Conociendo que las costumbres son la base de las leyes, procuró reformarlas, y recurrió para ello menos al mandato que al ejemplo, administró por sí su patrimonio, dirigió la construcción de su alcázar (3), cultivó con sus propias manos los jardines que crecían al pie de sus

(1) El cargo de Juez era entre los árabes de los más importantes. El Khattib refiere al fin de cada reinado todos los que lo tuvieron en Granada, y cita entre los del tiempo de el Ahmar á Abu-Abdala-Mohamed-Ben-Ibrahim-Ben-Abdehalam-Altamini Criminum quæsitör.—CASSIRI, tomo 2.º

(2) Hace mención el Khattib, entre los Katebes ó ministros de este príncipe, de Abu-Meruan-Abdelmalek-Ben-Juseph-Ben-Sananid, natural de Jaén; de Ali-Ben-Ibrahim-Alschaibani-Azadita, natural de Granada; de Abu-Abdala-Mohamed-Ben-Mohamed-Ben-Alramin, en otro tiempo almirante; de Yayah-Ben-El-Khattib, que tuvo también por patria la misma ciudad de Granada. El primero de estos fué wizir, es decir, primer ministro.

(3) El Khattib asegura que dirigió él mismo la construcción de este palacio: Alhamra, dice, cui constructioni et ipse adfuit ac præfuit. «Principió la Alhambra, y él mismo dirigió la obra y andaba entre los alarifes y arquitectos» (Conde).

salones, enriqueció sin cesar su espíritu (1), obedeció en público la voz del muezin cuando le llamaba á la plegaria (2), vistió humildemente, economizó las mujeres en su harem, desterró lejos de sí la afeminación y el ocio, no perdonó sacrificio alguno ni por su Dios, ni por su patria. Deseoso de alejar del corazón de sus pueblos los temores de un porvenir incierto y asegurar el triunfo de su dinastía, confió sus hijos á sabios y virtuosos alfaquies, los instruyó en sus horas de descanso, y apenas vió desarrollada el alma del que escogió por heredero de su corona, le llamó junto á sí para acostumbrarle á los negocios del gobierno, comunicarle los secretos de su política, inspirarle sus sentimientos y hacerle aceptable para su reino, presentándole como el espíritu que había de sobrevivir á su muerte.

Nada olvidó el Ahmar para poner en orden la administración de sus estados y asegurarles la paz interior de que necesitaban; pero tenía más allá de sus fronteras un enemigo poderoso, y no podía pensar exclusivamente en mejorar la suerte de los pueblos. Debía acordarse á cada paso de que tenía pendiente sobre ellos la espada del Rey Santo y corría aún peligro la existencia de ese mismo reino que acababa de cimentar sobre las ruinas del imperio almohade; y no lo olvidó tampoco. Temeroso de que algún día podía verse en la necesidad de llamar en su socorro los ejércitos de otras naciones, manifestó desde el principio de su reinado un respeto y una deferencia suma á los reyes de Tremecén, Túnez y Marruecos (3), y para disponerlos más á favorecerle, llegó al extremo de hacer rezar

(1) Gustaba, según Conde, de leer historias y de oirlas contar á su contador de hadizes, y se entretenía mucho en sus jardines cultivando plantas aromáticas y flores.

(2) Al llegar el Ahmar á la puerta de la Kassabah de Granada, leemos en uno de los escritores árabes que ha traducido el Sr. Gayangos, se oyó la voz del muezin á lo lejos llamando al pueblo á la plegaria del sol poniente; y sin ir más allá se dirigió al Mihrab de la mezquita, recitó el capítulo I del Korán, y entró en el castillo de Badis precedido de algunos hombres con hachas en la mano (*History of the Mahomedan Dynasties*).

(3) Los reyes de Tremecén eran á la sazón Zayanitas, los de Túnez Haphsitas, los de Marruecos Almohades.

por ellos la khotbah en todas las mezquitas de su reino. Hízola rezar por el mismo Califa de Bagdad (1), de quien le separaban antiguas discordias y todas las aguas del Mediterráneo; y apenas encontró coyuntura para solicitar la amistad del rey cristiano, se manifestó para alcanzarla dispuesto á sacrificar su ambición y hasta su orgullo. Como antes hemos indicado, al ver resuelto á San Fernando á tomar de grado ó por fuerza á Jaén, al considerarse incapaz de protegerla, al prever que después de vencida era fácil que otros pueblos doblasen de terror la frente, creyó llegada la hora del sacrificio, y solo y sin más consejo que su propio corazón y su cabeza, salió para el campamento cristiano, entró en la tienda del rey, le pidió la paz, le besó la mano en señal de vasallaje, se declaró su feudatario, le ofreció asistir á las Cortes á que fuese llamado y prometió servirle con cien lanzas. Sentiría sin duda pasar por tan dura humillación; mas no vió ni pudo ver otro medio de salvar su reino. Calculó que de otro modo iba á sucumbir Andalucía y á no quedar en España ni un asilo para los hijos del Profeta; y antes que la estéril gloria de los héroes que no temen aventurar su vida, aunque al caer deban arrastrar tras sí vastos imperios, procuró atraer sobre su cabeza las bendiciones que merecen los que con abnegación sublime detienen la caída de los pueblos y hacen florecer al borde del sepulcro generaciones amenazadas de muerte. Se humillaba con este paso y humillaba á su reino; pero humillándolo, le salvó, y llevándole al campo de batalla no habría hecho sino acelerar ese día infausto en que el África tuvo que recoger millares de árabes proscritos, sobre los que pesó por más de un siglo la más humilde servidumbre.

Celebrada así la paz con su mayor enemigo, volvió el Ahmar con el walí de Jaén Alí-Ben-Muza á la ciudad de Granada, en que siguió tranquilo su obra de reorganización á pesar de tener aún en las fronteras occidentales de su reino á los

(1) Era á la sazón sultán de Bagdad El-Abbasi.